

Alvaro Jara, Premio Nacional de Historia:

# “Hablar de Historia Económica Es una Ficción Limitante”

Por Daniel Swinburn

● Alvaro Jara Hantke (67), recientemente galardonado con el Premio Nacional de Historia, es un hombre poco conocido fuera del ámbito académico. Su aporte en este campo, sin embargo, ha sido innovador tanto en el aumento del conocimiento de los períodos de la Conquista y la Colonia, como en las nuevas técnicas metodológicas que emplea. Pionero en nuestro medio de la llamada Historia Económica o Cuantitativa, la naturaleza de sus investigaciones lo ha llevado a establecer un nutrido contacto historiográfico en América Latina y en Europa, experiencia que lo ha convertido en un historiador conocido internacionalmente.

—¿Qué significado tiene para usted el haber recibido el Premio Nacional de Historia?

—Siempre se dice que un premio es un reconocimiento a la labor realizada. En este caso, como mi labor ha sido realizada dentro de la Universidad de Chile a lo largo de casi cuatro décadas, pienso que este reconocimiento es más que todo para la institución que durante tan largo tiempo me ha educado y después me ha permitido trabajar para ella.

—¿Cuénteme algunas reminiscencias autobiográficas, antecedentes familiares y períodos que considera decisivos en su desarrollo intelectual.

—Puede ser que para el tipo de historia que hago sea importante recordar a mi abuelo alemán y mi abuela danesa. Creo que he heredado de ellos la paciencia y la constancia, virtudes absolutamente necesarias dentro del quehacer de la historia. Para mi desarrollo intelectual fue muy importante también el año que pasé en París al lado de Fernand Braudel y de otros profesores de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, porque fue asomarse a un nuevo horizonte muy distinto al que había en nuestro país. Esta apertura hacia los grandes problemas que pude recibir y desarrollar en París creo que fue importantísima para mi formación en el momento en que yo ya era un investigador que incursionaba individualmente en el ámbito de la historia cuantitativa.

—¿Cómo se inició su vocación por la historia?

—Eso es curioso. Mi padre deseaba ver en el menor de sus cuatro hijos en la forma tradicional chilena un abogado. Por dos veces seguí en la escuela de Derecho medio año de estudios y ya a la mitad del año estaba saturado de una carrera que visiblemente no me gustaba. Después tuve que trabajar algunos años y las circunstancias me hicieron regresar a Santiago, y lo primero que pensé sin mayor reflexión fue matricularme en la uni-

Creo que el defecto de los historiadores chilenos ha sido no proyectarse fuera del ámbito local. Mi planteamiento general frente a mis colegas es darles siempre la proyección americana a los problemas.

versidad y comenzar a estudiar historia. Mi vocación es algo difícil de definir pero me brotaba de dentro sin tener una verdadera conciencia de que lo que me atraía era la historia.

—¿Algún recuerdo de su niñez que lo haya marcado en este sentido?

—En la preparatoria estuve en el liceo Blanco Encalada y recuerdo que la Historia Sagrada me gustaba mucho. Leíamos textos adaptados e ilustrados, y la ilustración siempre deja una imagen muy fuerte.

“Hay que mejorar decididamente la enseñanza de la historia en las universidades”

—¿Reconoce usted alguna influencia? ¿Qué maestros fueron para usted decisivos?

—Desde luego pienso que la historia que se enseñaba en los años cuarenta en la Universidad de Chile era una historia bastante añeja, era la típica historia tradicional. Entonces, en cierto modo, se era un autodidacta con respecto a cualquier concepción más moderna de la historia. Y uno de mis maestros, pero que naturalmente en esa época no estaba presente, era Marc Bloch, cuya *Sociedad Feudal* leí en forma apasionada. Fue el estímulo para ir a París donde él había enseñado por tantos años.

—Fuera de los grandes historiadores, ¿tiene usted alguna influencia de otros pensadores?

—Bueno, creo que como todos los jóvenes de nuestra época leí con mucha curiosidad a los autores llamados los padres del socialismo, muy en tela de juicio hoy día, y para mí muy en tela de juicio hace muchos años.

—¿Qué importancia le atribuye usted al trabajo pedagógico?

—Es formar el relevo. El ciclo vital es muy corto y si queremos que una disciplina progrese son nuestros

alumnos los que la van a hacer progresar. A mí me emociona de que mi libro *Guerra y Sociedad*, por ejemplo, lo lean los alumnos de mis alumnos. Verter las experiencias es algo muy vital, y cuando comienzo a hablar en clases realmente me siento como si estuviera oficiando algo divino, es decir, hay una fuerza detrás de uno que lo obliga a transmitir. Al mismo tiempo está el trabajo directo con jóvenes ayudantes. Son dos expresiones distintas de la pedagogía y esta última es realmente apasionante.

—¿Usted tuvo contactos historiográficos en Estados Unidos?

—A Estados Unidos he ido mucho más como profesor visitante, pero nunca como estudiante. Y si en Francia estuve con una beca Rockefeller este viaje peligró porque la fundación me exigía estudiar en EE.UU. Pero yo sabía que en los Estados Unidos historiográficamente no iba a aprender mucho. Yo quería estar en una de las fuentes creadoras de la historia. Conozco a muchos historiadores norteamericanos producto de mis viajes a varios estados. En América Latina mantengo, también, múltiples contactos. Porque creo que el defecto de los historiadores chilenos ha sido no proyectarse fuera sino que quedarse en la provincia. Y mi planteamiento general frente a mis colegas es darle siempre la proyección americana a los problemas.

Por ejemplo, escribí un artículo que se llama *Plata y pulque en el siglo XVIII mexicano*, en que medí el consumo de pulque urbano en base a la cuenta de la Real Hacienda en que para ingresar a la ciudad el pulque pagaba un impuesto. Entonces, pude determinar el consumo de pulque a lo largo de un siglo en los centros urbanos. Pero cuando hablo de plata y pulque lo hago para comparar con otro índice relevante en la producción mexicana, pues el impuesto del pulque llega a equivaler a la mitad de lo que daba la plata, en la segunda mitad del siglo XVIII cuando México era el principal productor de plata del mundo. Ahora el pulque tiene sus equivalentes en otras partes de América. En el Ecuador era el guarapo o aguardiente de caña; en Nueva Granada era el aguardiente anisado y que era producido por el Estado. Es la coca en el mundo andino. Entonces, es importante buscar la proyección americana de un problema, pero con sus variantes regionales.

—¿Qué importancia tiene dentro de su obra el libro “Guerra y Sociedad”?

—Es mi obra más conocida. Fue mi tesis para graduarme de profesor de historia. Es un libro con suerte, porque fue traducido al francés y publicado con gran velocidad. El libro nació en cuna de oro desde el punto de vista editorial.

—¿Se siente usted afiliado a alguna escuela historiográfica en particular?

—No sé. Tengo contacto con historiadores de todo el mundo. Pero lo que hago lo hago como un individuo que se considera con una cierta capacidad creativa y con una problemática que me he ido forjando yo mismo, que es la de buscar la columna vertebral de la sociedad americana a partir de la Conquista, considerando los antecedentes que hay hacia atrás y sobre los cuales actúa la conquista y la colonización española. Y en 1810 yo me detengo y me niego a incursionar, salvo algunos pecadillos.

—¿Usted ha innovado en metodología?

—Supongo. Es que en el territorio de la historiografía en que estamos ahora, que son territorios inéditos, hay que crear metodologías de trabajo, y la documentación bien examinada le va indicando a uno por dónde ir, a condición de ser suficientemente crítico y examinar hasta el fondo esta documentación para hacerla hablar. Lo importante, entonces, para el tipo de historia seriada que yo hago, en que puedo tomar uno o dos siglos, es que la documentación sea objetiva, que no dependa para su registro ni de la voluntad humana o los condicionamientos del testigo histórico, sino que sea un mero registro de hechos repetidos, como son, por ejemplo, los registros de los quintos, del oro o de la plata.

—A su juicio, ¿en qué estado se encuentra la investigación historiográfica en nuestro país?

—En general, en América Latina la investigación histórica está en retardo con respecto a los países desarrollados, y esto se ve muy fácilmente por la organización tan tradicional de la enseñanza de la historia en todas nuestras universidades. Incluso las cátedras de his-



“Más que pertenecer a una escuela historiográfica, me considero un individuo con una cierta capacidad creativa y con una problemática que me he ido forjando yo mismo”.

toria económica deben ser muy escasas en nuestro país. Hay un desfase de 40 ó 50 años. Ahora se habla aquí de historia de las mentalidades, disciplina que comenzó en Francia en los años 50.

—¿Mantiene vigencia la historiografía económica-social?

—Yo creo que hablar de historia económica y social es realmente una ficción limitante. Yo soy historiador económico de momento porque no está hecha toda la historia económica de la América Española. Pero dentro de una especialidad estamos mirando hacia una convergencia general del pasado. Entonces, descomponemos la historia en distintas especialidades, pero para poder abarcar el todo desde distintos ángulos. Yo no me siento historiador económico de profesión definitiva.

—¿En qué estado se encuentra la historiografía económica en Chile?

—Yo soy optimista, porque hay toda una generación de jóvenes con estudios hechos fuera del país, que traen un bagaje novedoso y cuidadoso de conocimientos. Los frutos de ellos en la medida que adquieran experiencia serán cada vez más maduros.

“Yo no creo que Chile sea un país de historiadores; eso es un mito”

—¿Cuál cree usted que es la tarea más urgente que enfrenta la historiografía chilena actual?

—Hay que mejorar decididamente la enseñanza de la historia en todas las universidades. Actualmente existen al parecer alrededor de 15 departamentos de historia en el país. Si lográramos encontrar ciertos mecanismos para sobrepasar incluso a los enseñantes y obligarlos a ponerse a tono con la época, sería muy positivo. Hay que crear horizontes más amplios.

—¿Percibe usted cierta revalorización de la historia política?

—El problema de la historia política es que está demasiado vinculada con la historia tradicional. Entonces, decir historia política es hablar de lo que la escuela francesa llama la escuela del acontecimiento, factual, y hoy en día hemos dado un vuelco nosotros en todas las especialidades de la historia hacia lo colectivo. Probablemente más adelante, cuando hallamos llenado los vacíos que hay en las nuevas disciplinas, la historia política fluirá por sí sola.

—¿Tiene algún historiador favorito entre los del siglo XIX chileno?

—Bueno, un gran respeto por Barros Arana, por Crescente Errázuriz, del cual aprendí mucho y utilicé a fondo en “Guerra y Sociedad”. Y una gran simpatía por don Benjamín Vicuña Mackenna, que fue más poeta que historiador.

—¿Cuál cree usted que ha sido el papel del historiador en la Historia de Chile?

—Yo no creo que Chile sea un país de historiadores; eso es un mito. Hay unos cuantos buenos historiadores a

nivel de cada época y de acuerdo con el estado de las ciencias históricas en un momento determinado. De ahí a decir que Chile es un país de historiadores es una exageración completamente tropical. Porque supondría que estaríamos en punta en la historiografía en toda América y eso no lo veo.

—Como historiador, ¿cuáles rasgos definiría usted como los dominantes en la Historia de Chile?

—Como el resto de América veo en los rasgos señoriales una impronta, un sello creado por el sistema de ocupación señorial español. Rasgos señoriales que hoy en día para la gente no son conscientes; sin embargo, a mí me aparecen, como dominantes en muchos sectores sociales de nuestra sociedad, particularmente en los estratos importantes de ella. No hay entrenamiento para la vida práctica, como igualmente sucedía en los hidalgos españoles. Todo el trabajo manual para ellos era denigrante y para nosotros en Chile sigue siéndolo.

—¿Qué problemas presenta la historiografía de hechos cercanos?

—El problema para juzgar la historia tan próxima a nosotros es la dificultad de tener una capacidad científica y crítica que nos habilite como para no involucrar-

Creo que hablar de historia económica y social es realmente una ficción limitante. Yo no me siento historiador económico de profesión definitiva. Lo soy sólo de momento, porque no está hecha toda la historia económica de la América española.

nos, lo cual es muy difícil. Además, me pregunto qué es presente y qué es pasado. Por ejemplo, a propósito del Quinto Centenario —celebración que está produciendo ya una discusión muy agria—, el historiador mexicano Silvio Zavala se pregunta en un artículo cuándo va a ser el momento en que los latinoamericanos podamos mirar la conquista española como los españoles miran, por ejemplo, la conquista arábiga de España, o los ingleses la conquista normanda, es decir, sin que necesariamente estemos involucrados. Aquí ya estamos escuchando en algunos sectores hablar del genocidio que fue la Conquista, y en otros, de la leyenda rosa.

—¿En qué está trabajando ahora?

—En un libro que se llama *El Costo del Imperio Español 1700-1810*. Trabajo sobre la base del estudio de los ingresos del estado español en las distintas cajas reales de todo el Imperio. El siglo XVIII, que es un siglo álgido en materias de disputas internacionales en las cuales está en juego el destino del Imperio español, conduce a estudiar el gasto que se hace de los ingresos. En base a lo que ya tenemos puedo adelantarle que éstos eran consumidos en un 75 por ciento en la defensa misma del Imperio.